

su voluntad se opone á la accion de la gracia divina, (1). Los libros simbólicos de los protestantes retrocedieron igualmente ante la lógica de Calvino, y de ahí sus inconsecuencias: afirman en principio que el hombre es el autor del pecado, lo cual implica que es libre, y, sin embargo, rechazan la libertad como una creencia pagana. Esto no les impide sustentar, de otra parte, que si todos los hombres no se salvan, no se lo debe atribuir sino á ellos sólo. Parece que sería preciso concluir de aquí que el hombre hace algo para su propia salvacion; pero no, esta doctrina es condenada (2). Tales contradicciones resultan de la lucha del buen sentido y de la conciencia contra la lógica: más vale ciertamente la inconsecuencia de Melanchthon que la lógica de Calvino.

Para comprender la doctrina de Lutero y de Calvino hay que tener en cuenta la mision de los reformadores. No fué para exaltar la libertad humana para lo que se habian sublevado contra Roma; tanto habria valido quedar en el seno de la Iglesia, pues que el catolicismo dejaba plaza allibre albedrio. La mision de los reformadores era precisamente negar la libertad. De ahí su lógica inexorable, y en caso necesario su rebeldía contra el sentido comun. La gran cuestion que preocupaba las almas religiosas en el siglo XVI era la de la salvacion. ¿Cómo se justificará ante Dios el hombre? Por las obras, respondian los católicos; los protestantes respondian: por la fe. Y como la fe es un puro dón de Dios, en el cual no entra por nada el hombre, resulta que la salvacion depende enteramente de la gracia divina. Los católicos no negaban la gracia; pero interviniendo el hombre en las obras, le reconocian por esto mismo una parte en su justificacion. Llevada al extremo, parecia la doctrina protestante una porfia contra el buen sentido; mas no hay que olvidar cuál era la práctica contra la cual eran llamados á influir los reformadores. Las obras que el catolicismo declaraba indispensables para la salvacion no eran otra cosa que un tráfico que explotaba la Iglesia: orando, ayunando, ó pagando oraciones creian los católicos comprar la vida eterna. Contra ese farisaismo fué contra lo que se volvió con indignacion Lu-

(1) MELANCHTHON, *Locis theologici, De causa peccati, de libero arbitrio*.

(2) BAUR, *Der Gegensatz des Katholicismus*, páginas 62-64.— STRAUSS, *die christliche Glaubenslehre*, t. II, p. 442-446.

tero (1). Aún sin hablar de los abusos inevitables á que conduce, la doctrina de las obras comprometía la religion á los ojos de los reformadores: tendia, en efecto, á exaltar al hombre, pues que le atribuía una parte en la obra de su propia salvacion. Ahora bien, exaltar al hombre, ¿no es rebajar á Dios? Es ofender á Jesucristo, es casi declarar inútil su sacrificio (2). Empero la doctrina católica tiene algo de consolador: conduce al hombre á su salvacion por una serie de esfuerzos; estimula su actividad y la mantiene siempre despierta; y este progreso en el bien sustenta á los fieles que creen en la Iglesia. El protestantismo dice, por lo contrario, al hombre que el apoyo de la Iglesia es falso; que no puede tener ninguna confianza en sus obras; que la obra más santa, si Dios juzgára severamente, sería un pecado (3). Los reformadores no querían dejar al hombre otro asilo que Dios; pero al echarlo impotente y culpable en los brazos del Creador, ¿no se arriesgaban á lanzarlo á la desesperacion ó á no dejarle más que una sombra de resignacion?

N.º 2.—Apreciacion del dogma protestante.

Con razon dicen los protestantes que el dogma católico es una desviacion de la doctrina de San Agustin. Ahora bien; al apartarse del rigor del Padre de la cristiandad latina, se corre el riesgo de caer en un escollo peligroso, el pelagianismo; y precisamente para evitar ese peligro formuló San Agustin su doctrina. Pelagio decia que el albedrio era libre; San Agustin lo declaró siervo: Pelagio rompía el vínculo entre el Creador y la criatura; San Agustin puso al hombre en la dependencia absoluta de Dios. Relajar este vínculo, ¿no era volver á los errores de Pelagio? ¿No era quebrantar en su base más sólida el cristianismo? De ahí los reproches que los protestantes dirigen al catolicismo de abrigar una tendencia hácia el pelagianismo; y quien dice pelagiano dice casi sociniano (4). Los católicos rechazan enérgicamente la acusacion de pelagianismo: segun ellos, decir que el hombre entra por algo en su propia salvacion no es

(1) LUTHER, *Sermon von guten Werken* (t. XVIII, p. 396, 398).

(2) *Apologia*, III, 139: «Alioqui quorsum opus erat Evangelio, quorsum Christo?»

(3) CALVIN, *Inst.*, III, 14, 11.

(4) BAUR, *Der Gegensatz des Katholicismus und Protestantismus*, p. 161-164.

decir que la merezca (1); mas á esto replican los protestantes que desde que la gracia se debilita, como sucede por poca parte que se atribuya al hombre en su justificacion (2), se debilita el pecado original, y con él la necesidad de una reparacion, y, por consecuencia de la revelacion, desaparece, ó, por lo ménos, se amengua.

Verdad es que, aun alterando el dogma del pecado original, no por eso sostiene ménos el catolicismo la necesidad de la redencion. Es una inconsecuencia, dicen los protestantes; mas bajo nuestro punto de vista, hay un elemento de verdad en la inconsecuencia de los católicos. Á pesar de los errores de los teólogos, el sentimiento de la libertad ha quedado en el fondo de la conciencia humana; y es tan vivo, tan indestructible, que los mismos que en virtud de su doctrina debieran negar el libre albedrio, lo reconocen. Si San Agustin hubiera sido tan lógico como Calvino, habria llegado al mismo resultado; pero el gran doctor prefirió ser inconsecuente á negar un hecho cuya prueba lleva en sí todo hombre. El catolicismo es todavía más inconsecuente que San Agustin, y está, por tanto, más cerca de la verdad, pues que no sólo admite la libertad en teoría, mas reconoce que el hombre pone una parte en su propia salvacion. Oigamos á Bossuet: «Dios dice que dará á cada uno segun sus obras; ¿no es esto decir que tratará á cada cual segun lo merezca? Entra, pues, algo de justicia en el coronamiento de los elegidos. Pero si se nos da la vida eterna como recompensa, nos es dada tambien como gracia, porque las mismas buenas obras con que la ganamos son un dón de Dios,» (3). Hé ahí cómo el catolicismo reconoce la parte del hombre y la parte de Dios en la justificacion.

Ni es más lógico el dogma protestante que el catolicismo. Si se admite el pecado original, hay que reconocer con San Agustin que el hombre decaído se ha hecho esclavo del pecado; incapaz de elevarse á Dios por sus propias fuerzas, no puede entrar por nada en su renacimiento, mera obra de la voluntad de Dios, lo cual conduce á la predestinacion de los elegidos y de los condenados. Los protestantes confiesan hoy que ese dogma repugna

(1) MOEHLER, *Symbolik*, p. 162.

(2) El concilio de Trento dice (*Sess. VI de Justificatione*, c. 7): «Justitia Dei renovamur... unusquisque suam secundum mensuram, et secundum propriam cujusque dispositionem et cooperationem...»

(3) BOSSUET, *Sermon sur l'auimée* (*Œuvres*, t. v, p. 505).

á la conciencia humana (1); no tienen ya la ciega fe de Lutero, que triunfaba del absurdo de las creencias cristianas; y lo que es absurdo á los ojos de la razon y lo que repugna á la conciencia es falso; y el *creo porque es absurdo* ha hecho su tiempo, y es preciso que hagan su duelo los teólogos. Siendo falso el punto de partida del protestantismo, ¿cómo habrian de ser verdaderas sus consecuencias? «Es una doctrina extraña é inconcebible, dice Bossuet, que, al otorgarnos Dios la vida eterna, no tenga en cuenta nuestras obras. Jesucristo dice á cada paso que toda la religion consiste en amar á Dios y á su prójimo, y, sin embargo, segun los reformadores, no es la caridad, sino la fe sola lo que justifica, es decir, una inspiracion divina que es enteramente independiente del hecho del hombre.» La filosofia va más allá que Bossuet en su crítica del dogma protestante. Dia llegará en que la humanidad se asombre de que se haya hecho una revolucion religiosa con la justificacion por la fe. Y fe, ¿en qué? En el Redentor, en el Hijo de Dios. ¡Así la fe en una redencion imaginaria es el único camino de salvacion; y los que no pueden creer en una cosa imposible no se salvarán; y los pueblos que no han oido jamas hablar del Cristo serán sepultados por toda la eternidad en las tinieblas de la muerte; y la santa vida de un Sócrates, de un Epicteto sería un pecado, porque no tuvieron la fe en el Mediador!

El catolicismo es superior á la Reforma en el sentido de que reconoce el libre albedrio, mientras los reformadores quisieran proscribir esta palabra de la teología (2). La filosofia está de acuerdo en este punto con la doctrina católica; pero quiere la libertad real y no como medio de sujetar la humanidad á una Iglesia cualquiera: libre ante Dios, el hombre lo es con mayor razon ante sus semejantes. La filosofia puede tomar, ademas, del catolicismo la idea de la justificacion, en cuanto reconoce al hombre una parte en la obra de su salvacion, pues que por el hecho de ser el hombre libre, debe hacer su salvacion por sí mismo, con el apoyo y bajo la inspiracion de Dios. La justificacion no se realiza milagrosamente por un acto de fe, como dicen los protestantes, porque la salvacion no es otra cosa que la perfeccion relativa que puede alcanzar

(1) BAUR, *Der Gegensatz des Katholicismus*, p. 108.

(2) MICHELET, *la Réforme*, p. 109.

la criatura, y la perfeccion es el resultado final del desarrollo de nuestras facultades, lo cual implica una serie de esfuerzos y de progresos. Razon tienen, pues, los católicos en enseñar que la justificación es sucesiva; el progreso que admiten en el bien es en el fondo la doctrina del desarrollo progresivo del hombre; sólo que el progreso no alcanza jamás su límite extremo, y, por consecuencia, no hay santos; pero tampoco se detiene el progreso con la muerte: si hay un purgatorio, no hay infierno. ¿Cómo se hace esta justificación progresiva? En este punto todavía se acerca la filosofía al catolicismo: las obras justifican, como lo entendía el Cristo; la perfeccion del hombre consiste, en efecto, en la abnegacion y en la devocion á sus semejantes.

Ocioso es añadir que la filosofía rechaza lo que hay de supersticioso en la doctrina cristiana. Con reconocer al hombre una parte en la obra de su salvacion, enseña, sin embargo, el catolicismo que se hace la justificación por el efecto milagroso de la gracia divina, aun cuando no lleva este dogma á la exageracion con que profesa el protestantismo que sólo la fe justifica. La verdad es que la Iglesia ó la inspiracion de Dios nos ayuda en el trabajo de nuestro perfeccionamiento; pero no nos hace ni perfectos, ni justos, ni santos, ó, para emplear el lenguaje teológico, no es la justificación el producto instantáneo de la accion de Dios, es la tarea infinita de la existencia infinita del hombre. El error de la doctrina cristiana radica en su concepcion de la vida. La vida del cristianismo está limitada á la existencia terrestre, en el sentido de que debe justificarse ántes de morir, y de que á su muerte se decide la terrible cuestion de ser ó no ser. Para las almas religiosas es desoladora esta conviccion y está llena de angustias. ¿Cómo puede tener el hombre la conviccion de que, débil y culpable, merece el cielo, es decir, la felicidad infinita? Por más que haga todo lo que se llama buenas obras, sentirá que hay algo de imperfecto aun en sus actos más puros, que hay un abismo entre su imperfeccion y el estado de perfeccion al cual aspira; y, sin embargo, no hay más que breves instantes para consagrarse á este trabajo de perfeccionamiento. Para salvar al hombre de tales angustias, enseña el protestantismo que la fe sola justifica, que no es nuestro trabajo lo que nos hace justos, sino el infinito mérito de un sér infinito, lo cual es cortar la difi-

cultad con un milagro que repugna á la razon. No hay más que un medio de conciliar todas las contradicciones y de reunir en una armonía superior lo que tienen de verdad el catolicismo y el protestantismo, y es admitir una vida infinita y progresiva.

La creencia en una vida progresiva es inconciliable con la idea de un pecado original que hubiera viciado la naturaleza hasta el punto de que, para repararla, se hiciera necesaria la intervencion milagrosa de Dios. En realidad, el pecado es un efecto de la libertad, y la pena, como la falta, no concierne más que al individuo y no á la especie. Verdad es que siendo la criatura un sér finito y falible, peca todo hombre; pero la falta varía en cada individuo y la pena también. Jamás entraña el pecado una corrupcion absoluta de la naturaleza; no hace más que alejar al pecador de Dios. Mas por culpable que se le suponga, queda el hombre ligado á Dios por la gracia; conserva su libertad, y puede, por consecuencia, regenerarse, siendo la misma pena que Dios le inflige el instrumento de su regeneracion. Tales son el pecado y la redencion bajo el punto de vista de la filosofía. Pues que el hombre avanza en el camino del bien ayudado por la gracia divina, que no lo abandona jamás, la intervencion sobrenatural de Dios para salvar á la humanidad no tiene ya razon de ser, y la accion sobrenatural de la gracia es igualmente inútil. No hay ya cuestion para la criatura de pasar de la imperfeccion á la perfeccion por una transicion súbita, no hay ya cuestion de salvacion ni de cielo; se trata del desarrollo de un sér finito y limitado, pero perfectible. La santidad ó la perfeccion es el último fin del hombre; es un ideal que no alcanzará jamás; su mision es aproximarse á él incesantemente; todo lo que se le puede pedir es que trabaje en la obra de su perfeccionamiento: hé ahí su justificación.

§ II.—La Iglesia y el hombre.

N.º 1.—La Iglesia invisible y la Iglesia exterior. La Tradicion.

Segun la doctrina católica, la Iglesia es una institucion divina, ó, por mejor decir, se confunde con Dios: Jesucristo es quien la ha fundado, y sigue unido á ella, que es su esposa mística; El es la ca-

beza y ella es el cuerpo (1). La Iglesia tiene órganos exteriores que han sido igualmente instituidos por Dios: Jesucristo ha delegado sus poderes en San Pedro al colocarle á la cabeza de la Iglesia, y todavía es Jesucristo quien ha querido que la Iglesia fuese un vínculo necesario entre el hombre y Dios al confiarle las llaves del reino de los cielos, y es, en fin, el Hijo de Dios quien ha prometido que estaría siempre con la Iglesia; ella tiene, pues; el depósito de la verdad, ella es la verdad; infalible, ella interpreta y suple la Escritura. El hombre no participa de la vida espiritual sino como miembro de la Iglesia; el que esté fuera de la Iglesia está, por lo mismo, fuera de la comunión de Dios; no hay, pues, salvacion para el hombre sino en el seno de la Iglesia (2).

Si la autoridad de la Iglesia es divina, el hombre se hace esclavo del hombre, y la libertad que la doctrina católica le reconoce no es más que una palabra vacía de sentido: libre en apariencia ante Dios, es esclavo del clero, que encubre su dominacion con el nombre de Dios. Emancipar á la humanidad de esta servidumbre ha sido la mision de la Reforma. La idea católica de la Iglesia es, al decir de los protestantes, una idea pagana y judaica; es en el fondo el sistema de las castas; los clérigos forman las castas dominantes, los laicos la casta subordinada. El sacerdote es el mediador necesario entre el hombre y Dios, es el intérprete de la verdad, el órgano de los sacramentos; él es quien cumple diariamente el sacrificio por el cual el hombre se reconcilia incesantemente con Dios. En todas estas relaciones, el laico es un sér inferior pasivo, condenado á una dependencia eterna (3). La idea de casta, prosiguen los protestantes, está en oposicion con la esencia misma del cristianismo, la igualdad religiosa. Jesucristo es nuestro Mediador: ha venido á librarnos del pecado y enseñarnos la verdad; su sacrificio y su enseñanza aprovechan directamente á todo hombre. La idea de la Iglesia está, además, en oposicion con la esencia del cristianismo, por cuanto el cristianismo es una religion interior, y el sistema católico

que la confunde con la Iglesia hace de ella una religion exterior (1).

¿Qué es la Iglesia en la doctrina protestante? La fe justifica por la gracia del sacrificio de Jesucristo; hay, pues, un lazo directo que nos une á Dios; y desde este punto, la mediacion de una Iglesia exterior es superflua y no puede ser más que un instrumento de tiranía. La Iglesia, esencialmente interior, es la comunidad de los santos; la fe es quien la constituye, y no una profesion exterior ni una jerarquía eclesiástica (2). La verdadera Iglesia no tiene otro jefe que Jesucristo. Segun este orden de ideas, no hay ya distincion entre los clérigos y los laicos, ni dominacion ejercida por los pretendidos órganos de Dios sobre la masa de los fieles. La tradicion también se derrumba, pues que no hay ya cuerpo que sea depositario de ella. Á la verdad, los protestantes la mantienen, pero trasformándola; hay, dicen, en toda asociacion, política ó religiosa, un sentimiento que domina á los individuos y no necesita un órgano exterior; su fuerza es tanto más grande cuando es interior y cuando obra sobre las almas por la conviccion ó la fe. Hé ahí lo que llaman los protestantes tradicion (3): interpreta y suple la Escritura sin imponer sus decisiones; el individuo queda libre de no someterse á ellas; pero se somete involuntariamente, en el sentido de que la conciencia general no es otra cosa que la voz de Dios en la humanidad.

N.º 2.—Apreciacion del dogma protestante.

Ya hemos dicho en otra parte cuál fué la necesidad histórica de la Iglesia (4). Los mismos protestantes confiesan hoy que una Iglesia interior, invisible, era una utopia en las circunstancias en medio de las cuales se ha desarrollado el cristianismo. La unidad era una condicion de vida y de porvenir para la religion cristiana, y la unidad puramente espiritual era una quimera. La Iglesia necesitaba un cuerpo; de aquí la aristocracia episco-

(1) BAUR, *Der Gegensatz des Katholicismus*, p. 382.

(2) *Apologia Confess. Aug.*, IV, 5: «Ecclesia non est tantum societas externarum rerum ac rituum, sicut alie polities, sed principaliter est societas fidei et spiritus.»—BELLARMINO, por lo contrario, dice (*De Ecclesia militante*, c. 11): «Ecclesia est cœtus hominum ita visibilis et palpabilis, ut est cœtus populi romani vel regnum Gallie aut respublica Venetorum.»

(3) BAUR, *Der Gegensatz des Katholicismus*, p. 343.

(4) Véase la parte quinta de estos *Estudios*.

(1) SAN PABLO, *Efes.*, v. 25.—*Tít.*, II, 14.—*Efes.*, v. 29; IV, 15.—*Colos.*, I, 18; I *Corint.*, XII, 4.

(2) CYPRIAN., *De unitate Ecclesie*, c. VI: «Habere jam non potest Deum patrem, qui Ecclesiam non habet matrem.»—Compárese la parte quinta de estos *Estudios*.

(3) BAUR, *Der Gegensatz des Katholicismus*, p. 391.